



Columna

Francisco Javier Villegas
Escritor y profesor

Una verdad cotidiana

Las personas no pueden perder el tiempo. El día a día es tan rápido que para algunos representa un esfuerzo difícil o una lucha permanente para conseguir los recursos. Al mismo tiempo, las personas buscan incansablemente mejorar su situación porque, lisa y llanamente, está costando mucho llegar a fin de mes. Y en todo eso hay un sacrificio permanente y mucho endeudamiento porque la ciudad de Antofagasta está siendo una ciudad demasiada cara para vivir.

Y aunque este texto no sea exacto ni completo en sus ideas, la adquisición por un mejor pasar responde, querámoslo o no, a esa naturaleza propia que es la política, con sus autoridades, aunque dicen que la democracia sin actividad es una democracia vacía. Hasta ahora, por ejemplo, la historia de la ciudad, en los últimos años, ha exhibido solo vacíos y ha marcado un alejamiento en el modo de ver, sentir, idear o hacer ciudad.

¿Cómo se logra eso? El ciudadano local podrá decir que siente que ha perdido algo en este universo de desierto y mar. La fuerza envolvente de que existen miles de recursos económicos en este territorio parece ser un espejismo que afecta la dimensión de la propia existencia: esa idea, pareciera, que es de una magnitud tan poderosa que se ha transformado en una mentira implacable. Una idea que no es esotérica ni tampoco un asunto subliminal. La ciudad, entonces, ha pasado sin transición a perspectivas envolventes: la metrópoli no tiene un objeto en profundidad, respecto de lo que quiere o anhela ni tampoco asume una atracción hacia donde apuntar y, pareciera, que no hay, todavía, alguien que consiga interpretar, con el cuidado y atención verosímiles, lo que reclama el “urbanitas” para vivir mejor en la ciudad.

El vaivén del vivir nos lleva a perturbarnos cuando nos preguntamos cómo podemos satisfacer las necesidades de la comunidad local y asegurar su participación en el progreso económico, social y cultural de esta comuna. Alguien, por ahí, escribió con acierto, más allá de las breves palabras y sentido poético, que “la ciudad angustia; pero, también, libera”. Sin embargo, la prepotencia que se ha dado en los últimos años en el cargo de alcalde hace pensar que esta urbe no se puede llenar de ejes o acciones asociados al orden, a la arrogancia y a la sobreabundancia de actividades sin gracia como único foco.

Entonces, más allá de estas palabras, me pregunto ¿cómo se promocionará y difundirá el arte y la cultura en la ciudad? ¿Qué convenios estratégicos se establecerán desde el municipio con el servicio SLEP para trabajar por una mejor educación comunal? ¿De qué forma mejorará el transporte y tránsito públicos? ¿Cuándo sentiremos que las calles, de la ciudad, dejan sus baches y sus hoyos? ¿Cuándo la construcción que acompaña a esas calles se trabajará con adecuada urbanización? ¿Qué acciones se promoverán para aquello que se denomina desarrollo comunitario y que tiene que incluir la construcción de viviendas sociales e infraestructuras sanitarias? ¿Qué asuntos se realizarán en conjunto, desde el municipio, con las universidades locales en apoyo de acciones de interés común en el ámbito local? ¿Habrá participación barrial y ciudadana para la elaboración del plan comunal de desarrollo? Asuntos que, por lo demás, necesitan de las ideas de la población para promover sus avances. Sin duda, las personas no pueden perder su tiempo. El día a día es tan rápido, e irreversible, que para algunos representa un esfuerzo difícil, una lucha permanente o un sueño esperanzador después de tantas postergaciones.